

PRIMER PASEO POR LAS AFUERAS DE
JERUSALEM.

Jués 8 de Marzo.

Mi visita al Patriarca.—La cueva de Jeremías.—El torrente Cedron.—El monte Olivete.—El huerto de Gethsemani.—Lugar donde Jesús enseñó el Padre Nuestro á sus discipulos.—La Princesa de Latour de Auvergne.—El Credo.—El lugar de la Ascension del Señor.—Subida al minarete de la mezquita.—Dos tradiciones.—El valle de Josafá.

I.

Tan luego como salí de la cama entraron á visitarme fray Francisco Argote, natural del condado de Treviño, provincia de Valladolid, almacenero del convento de San Salvador, y fray Manuel Jubero, natural de Orense, jóven de veintiocho años, robusto en la apariencia, pues despues he sabido que se halla enfermo; simpático, ilustrado, que ya ha sido guardian de San Juan in Montana; los dos muy cariñosos, muy serviciales y anhelando hablar de España. ¡Quién no anhela hablar de su patria cuando se encuentra léjos de ella!

Aquella mañana volví á visitar el Santísimo Sepulcro; visité al Patriarca latino Excmo. Sr. Vencio Bracco, con quien tomé café; hice otras visitas, y de esta manera llegó la tarde.

A las tres en punto salimos por la puerta de Damasco, montados en burros, fray Manuel Yüvero, D. Cárlos Español, vice-cónsul de España en aquella Santa Ciudad, y yo, más el múcaro o criado que guiaba los burros. Los burros eran muy malos, especialmente el mio; no se parecian á los de Egipto, que son pequeños, erguidos, juguetones, ligeros como la gacela y de piel tan lustrosa como el raso; los que montábamos la tarde de que hablo, eran grandes, pesados, en una palabra, iguales á los de España.

Por la puerta de Damasco, situada al Norte de Jerusalem, salimos á un campo árido, solitario y estéril, como todos los que rodean á la Ciudad Santa, á la ciudad maldita, á la ciudad que vertió y recibió la sangre del Redentor del género humano. La tarde estaba deliciosa: ni una nube empañaba aquel cielo de trasparente azul; el sol, ese sol peligroso de la Palestina, contra el que hay que tomar delicadas precauciones, abrasaba aquel suelo sin vejetacion; aquel suelo del que, en vez de yerbas y flores, brotan recuerdos santos, recuerdos de la epopeya más grande del mundo, de una epopeya mayor que la cual ni el tiempo ni el espacio registrarán otra en sus anales. Las alondras y las calandrias, tan mansas como si estuviesen domes-

ticadas, volaban y andaban en torno nuestro; pero por aquellos tristes campos no se veía hombre alguno; ni ruido alguno se escuchaba, porque ni los pájaros cantaban; ni había brisas, ni había céfiros que gimieran al besar los altos y seculares muros de Jerusalem. Bella era aquella tarde, que jamás se borrará de mi ánimo, pero ¡qué belleza tan singular..... qué belleza tan triste es la que ofrece la naturaleza en los Santos Lugares!

Después de andar algunos minutos hacia Oriente por un estrecho camino, dejando siempre á la derecha los muros de la ciudad, y á la izquierda áridas colinas de tierra amarilla unas veces y rojiza otras, dijo el vicecónsul español, señalando á la izquierda:—«Aquella es la cueva de Jeremías.» Yo recibí una sensación de profundo placer; yo sabía, como todos sabemos, que no lejos de los muros de aquella ciudad predestinada, en un paraje algo elevado, se abre la gruta donde el gran Profeta, donde el eminente poeta, pulsando el arpa santa, lloró, y llorando cantó la destrucción de aquella ciudad, emporio de las artes, princesa de las provincias, reina de las naciones. Visitar esta cueva era uno de los grandes deseos que yo me proponía satisfacer en mi viaje, motivo por el que produjeron tan viva sensación en mi alma las palabras de Español cuando dijo: *aquella es la gruta de Jeremías.*—Vamos allá; contesté yo. Y torciendo á la izquierda, es decir, hacia el Norte, comenzaron nuestros burros á subir con dificultad

angostas veredas, que iban á terminar en un cercado de piedra seca, muy parecida á las corralizas de España en que los pastores cierran sus rebaños de cabras ó de ovejas. Allí echamos pié á tierra, y entregando los burros al múcaro, entramos en el cercado.

Este cercado, que hoy es la morada de un santón musulmán, hace de antesala, permítaseme la frase, á la gruta de Jeremías: el cercado ó corral, que todo puede llamársele, es espacioso, en él se ven plantados en desorden un secular ciprés, una higuera y dos jóvenes olivos: en uno de los ángulos se levanta una choza, donde duerme el santón: tres tumbas de piedra que se alzan al pié del ciprés guardan las cenizas de tres santones que allí vivieron consecutivamente antes del que hoy vive; y el silencio de la muerte se cierne majestuoso en aquel apartado y solitario lugar, silencio interrumpido de vez en cuando por el patético arrullar de algunas palomas silvestres, que han depositado sus nidos en los agujeros de la roca.

El santón que hoy mora en aquel plácido recinto, es de estatura regular, de aspecto venerable y de mirada dulce; viste túnica azul con ancha faja, turbante blanco con tarbuch ó gorro encarnado, y se llama Cheij Mohamed: después de tender la vista por la rústica morada de aquel cenobita de Mahoma, después de cruzar con él algunas palabras en árabe, que Español traducía indistintamente al español ó al francés, penetramos en la

cueva de Jeremías. ¡Cuánta belleza literaria se escribió en aquella cueva! ¡Qué sonidos tan plañideros resonaron allí! ¡Cuánta inspiracion bajó allí del cielo!..... La cueva es ancha, profunda, y dentro tiene otras dos cuevas más pequeñas, que marchan hácia la derecha del que entra. Desde el fondo de aquella cueva se ven los muros de Jerusalem, se ven las bóvedas de algunas casas y los minaretes de las mezquitas..... Hubo un instante de fervoroso recogimiento en que todos callamos, y entre el tétrico arrullar de las palomas, parecia escucharse aún aquella luctuosa, tremenda voz que emitida allí, resuena y resonará en todos los países; aquella voz que nunca dejará de oirse; aquella terrible voz, que allí mismo, en aquella cueva gritó un dia de dolor..... *Cuomodo sedet sola civitas, plena populo?..... ¿Como se encuentra sola la ciudad antes tan populosa?..... Jerusalem..... Jerusalem, convertere ad Dominum Deum tuum..... Jerusalem..... Jerusalem..... Conviértete á tu Dios y Señor.....*

Y qué.....? los sentidos trenos del profeta se dirigieron por ventura sólo á la Jerusalem cerrada dentro de aquellos muros de piedra? No. Bajo el emblema, bajo el nombre de *Jerusalem* habló el profeta á todos los pueblos del mundo y á todas las generaciones del tiempo; al hombre que fué, al hombre que es y al hombre que será.

Trascurrido el primer instante, instante de contemplacion, traté de cojer un pedazo de piedra de

aquella gruta, donde recibí, lo confieso, una de las emociones más fuertes de cuantas me produjo la Palestina. Adivinando mi deseo el anciano santon, arrancó él mismo con otra piedra un pedacito de la que formaba el techo de la cueva, y la puso en mis manos. Al salir de tan célebre recinto, en la parte ya del corral á la izquierda, levantó una plancha de hierro que cubria un pozo, y con una vasija de lata pendiente de una cuerda, sacó agua, que me dió á beber, bebiendo despues tambien Español y fray Manuel Yuvero; aquel era el pozo que durante tantos años apagó la sed de Jeremías, hijo de Elías. Yo entregué al santon un *BATCHIS, gratificacion ó propina*, y saliendo de aquel pacífico lugar, montamos en nuestros burros y comenzamos la marcha hácia Oriente, sin abandonar nunca los muros de Jerusalem, que llevábamos á la derecha. El sol iba inclinándose hácia el ocaso; pero aún se dejaba sentir con fuerza, y ni nubes ni brisas ni céfiros templaban sus ardores.

Algunos minutos despues de haber tomado el camino, me hicieron mis compaaeros fijarme en un monte, que al Oriente de Jerusalem, al otro lado de un torrente sin agua, se corre de Norte á Sur; es bastante alto, su cumbre y laderas cubiertas de olivos y de otros árboles de un verde más fresco que el de los olivos.—Aquel es el monte Olivete, me dijo fray Manuel Yuvero, á él vamos ahora. El monte Olivete ó el monte de las Olivas, es el único punto que ofrece vegetacion en

aquel terreno, sobre el cual cayó la maldición de Dios. El monte Olivete se halla separado de la ciudad por el torrente Cedron, que despues de bajar una larga cuesta cruzamos nosotros. el torrente Cedron, tan célebre en las Sagradas Escrituras, solo lleva agua en el tiempo de las grandes lluvias, y como las grandes lluvias son muy escasas en la Palestina, casi siempre se halla seco ese memorable torrente.

II.

Como desde niño, como que desde que mi padre me enseñó á leer, se despertó en mi alma el deseo de visitar los Santos Lugares; como despues, durante mi carrera literaria, ha tomado mayor incremento ese deseo, el dia en que lo realizaba, despreciando los rigores de un clima mortífero, gocé sobremanera, y por un fenómeno psicológico no difícil de comprender, venian á confundirse con aquel momento de sublime placer los momentos de mi dulce infancia.

Cruzamos el torrente *Cedron*, cuyas aguas, cuando las lleva, se unen al terminar los muros de Jerusalem con las del torrente *Gibon*, que tambien, casi siempre sin agua, marcha por el otro lado de la ciudad; y conservando el nombre de *Cedron* van juntos á desembocar en el Jordan, que á su vez desemboca en el mar Muerto. Cruzamos el torrente, y comenzamos á subir por la ladera occidental del monte de las Olivas ó monte Olivete. Es el

monte Olivete un collado de bastante elevacion y muy largo, que se extiende de Norte á Sur, frente á Jerusalem, de modo tal, que la union en sus faldas del monte *Akra*, sobre el cual está fundado Jerusalem, y el monte Olivete, forma el torrente Cedron, que separa el uno del otro. El monte Olivete se halla cubierto todo él de olivos, de otros árboles de hoja picada y de un verde muy agradable, y de alguna mata baja.

III.

El huerto de Getsemani, ó como se expresa San Mateo en su evangelio *Villam quæ dicitur Gethsemani*..... La granja que se llama *Gethsemani*, se encuentra en la parte más baja del monte Olivete, frente por frente á la Ciudad Santa y elevada muy pocos pasos sobre el torrente Cedron. Allá está el célebre huerto de Getsemani, cercado por cuatro paredes blancas; ese huerto que el cristiano ha oido tantas veces nombrar en el púlpito de su parroquia; que el historiador, aunque no sea cristiano, contempla con enagenamiento, porque en él se verificó, en una noche triste y misteriosa, uno de los sucesos más grandes y más trascendentales del tiempo. Apeándonos de nuestros burros el reverendo Padre Fray Manuel Yuvero, el vicecónsul y yo, entramos en aquel huerto por una puerta muy estrecha y muy baja. Esta puerta y

estas tápias son modernas. Profunda sensacion de místico recogimiento experimenta el ánimo al penetrar en aquel majestuoso jardin. Es cuadrado, de bastante extension, y dividido en cuarteles por barandillas de madera pintada. En las tápias se encuentra el *via crucis* formado con cruces de madera, y en los cuarteles determinados por las barandillas, abren su corola multitud de flores bellas: los pensamientos de diferentes colores, los alelíes dobles y sencillos, los narcisos y los jacintos embalsaman el aire con sus perfumes; y el naranjo y el limonero de grato aroma, crecen junto al erigido pié de los cipreses: todo esto es moderno, todo esto es de hoy. Pero en aquel silencioso recinto, entre tanta flor se conservan los más venerables monumentos, que peregrinos de todas las naciones del mundo acuden á visitar tan pronto como pisan las calles de Jerusalem; allí, en lo que hoy llaman huerto de Getsemaní, porque este huerto fué indudablemente mayor en otro tiempo; allí se conservan ocho seculares olivos, preciosas reliquias de la cristiandad, ocho olivos que existian la noche en que Jesus oró en aquel lugar por última vez, en aquella noche en que el hijo de Dios vertió un sudor como sangre, y se entregó al hombre para redimir al hombre; allí están esos monumentales testigos de sacrosantas escenas; en sus troncos se ve est ampada la huella de los siglos; en el blando gemir de sus copas, cuando el céfiro las ore a , parece escucharse plañideras frases que habarnos quieren de sucesos divinos.....

Yo cogí tierra de este huerto, la cogí al pié de uno de aquellos venerandos árboles; cogí tambien flores con ayuda de Español y fray Manuel, y aunque se ha impuesto excomunion al que corte algún pedazo del tronco de aquellos ocho apreciables olivos, coetáneos de la pasion del Señor, fray Francesco de Potenza, fraile italiano, á cuyo cuidado se encuentra el huerto, me regaló un pedazo grande, cortado en uno de aquellos ocho troncos: yo le hice una limosna para el convento, y él volvió á regalarme varias semillas de flores que habian abierto sus pétalos en aquel santificado jardin. Aquel jardin ejerce atraccion para ciertos corazones; yo confieso que nunca hubiera salido de él; eran tan gratos los perfumes de aquellas flores... era tan misterioso el gemir de las copas de aquellos ocho olivos... eran tan dulcísimos los recuerdos que aquel gemir despertaba en mi ánimo... En Occidente se ora porque se quiere orar; en Oriente se ora porque no se puede ménos de orar; porque aquellos lugares arrancan la oracion de nuestra alma.

Cuando nosotros salimos del huerto, entraba en él la caravana inglesa, compuesta de treinta ó cuarenta personas; el anciano lego fray Francesco de Potenza nos despidió en la puerta con cariñosa amabilidad y se volvió con los ingleses.

IV.

Mis compañeros haciéndome dar una vuelta por la parte exterior del jardín á las tapias, me enseñaron entre la tapia que da al torrente Cedron y el mismo torrente el lugar en que quedaron los apóstoles y se durmieron, mientras Jesus se retiró á orar en una profunda gruta. Continuando la vuelta, nos colocamos de nuevo en la puerta de entrada, que cae al lado más alto del huerto: allí marchamos por un sendero que forman una roca y la misma tapia, y llegamos á un ábside natural, donde hay señalado un punto con una lápida incrustada en la peña: aquel es el lugar en que Judas imprimió en el rostro de su Maestro el beso traidor con que lo entregó á sus enemigos.

¿Hay por ventura en la historia de Cristo algun hecho que no sea fiel espejo de trasparente luna, donde vengan á reflejarse al través de los siglos los hechos del hombre? Judas murió ahorcado en un árbol, ahogado por sus crueles remordimientos..... ¿Pero concluyó Judas?..... Judas dejó inoculado en la raza humana el germen de su perversidad. Despues de contemplar durante algunos momentos esta piedra, despues de reflexionar algunos instantes sobre las escenas que ocurrieron allí una noche de célebre recuerdo, noche tremenda, que ni ha podido borrarse de los siglos ni del

corazon de los hijos de Adam se borrará nunca, montamos en nuestros burros, y dejando para visitar otro dia el sepulcro de la Virgen y la cueva en que oró Cristo, llamada allí *la gruta de la agonía*, comenzamos á subir por un estrecho y pintoresco sendero que conduce á la cumbre del monte Olivete.

V.

Trascurrida media hora sin detenernos en parte alguna, y casi cerca de la cumbre, nos encontramos en el lugar que llaman *El Pater Noster*, porque allí enseñó Jesucristo á los Apóstoles el *Padre Nuestro* cuando aquellos le preguntaron cómo debian orar. La célebre princesa de la *Tour de Auvergne* ha comprado al sultan aquel pedazo de monte; ha fundado un magnífico convento de monjas, que llaman *Las monjas del Pater*, y cerca del convento ha levantado un patio ó peristilo de dimensiones colosales, que merece nos detengamos en el. Forman este patio cuatro corredores que se unen, dando lugar á un cuadrado; se halla construido con una magnífica piedra blanca, que conocen con el nombre de *chachuki*, muy parecida al mármol; tiene en su parte interior grandes gemelas, ojivales; en los muros del corredor se encuentra escrito el *Padre Nuestro* en letras de quince centímetros y en treinta y dos idiomas (1); y en

(1) Los treinta y dos idiomas en que está escrito el Padre Nuestro, para que puedan leerlo todos ó casi todos